

EL ARBOL DEL LA VIDA

Genaro Chic García
Universidad de Sevilla

Los que pertenecemos a la cultura judeo-cristiana hemos oído desde muy pequeños que cuando el Señor Dios hizo tierra y cielo y modeló al hombre de arcilla del suelo dispuso para éste en un jardín en Edén (palabra sumeria que designa el desierto) y plantó en él dos árboles contradictorios: el de la vida y el de conocer el bien y el mal, representantes de los anhelos supremos de ese ser que es tierra (barro, dice el texto) y que se funde de nuevo con la tierra cuando deja de respirar el aire sagrado. El hermoso mito del libro del Génesis nos cuenta, con el aire patriarcal o masculino del pueblo que lo generó, cómo el hombre perdió la oportunidad de perpetuar la vida como consecuencia de su deseo de conocer, porque conocer es el atributo divino, lo que permite que el Caos se transforme en Cosmos: el hombre quiso ser como Dios y éste, celoso, lo castigó: "Si el hombre es ya como uno de nosotros, versado en el bien y el mal, ahora sólo le falta echar mano al árbol de la vida, coger, comer y vivir para siempre".

Sabido es que hay especies de monos que son muy curiosas y que son capaces de desarrollar una auténtica cultura ("protocultura") social, como esos macacos japoneses de que nos habla R. Chauvin en su libro *Sociedades animales y sociedades humanas* (México, 1988), que incluso permiten la pervivencia de animales ciegos, en una especie de O.N.C.E. primate. Pero, evidentemente, el más curioso de todos es el hombre que desde hace miles de años sabe manejar e incluso producir el fuego y con él ha comprendido la posibilidad de mejorar sus condiciones de vida alterando el orden natural de las cosas. Tanto es así que es el único animal que cocina y eso, como dice J. Fontana, sigue siendo tan trascendental que parece que es lícito sostener que los cambios de dieta son más importantes que los cambios de dinastía o incluso de religión. Por ello no tiene nada de extraño que en la otra rama de los mitos que se encuentran en la base de nuestra cultura europea, la de los griegos, lo que hace enfadarse a Zeus con el titán Prometeo es que éste entregue ese principio divino de transformación que es el fuego a los mortales. La chispa de la inteligencia es la misma que provoca el fuego.

El fuego será luego el que permita acelerar la labor del tiempo en la gestación de los metales en el cálido seno de la Madre Tierra: el hombre sacará los embriones minerales que maduran lentamente en la matriz telúrica y en un ambiente de temerosa sacralidad ayudará en el horno a la culminación del proceso de purificación que hace a la Naturaleza llegar al metal perfecto y puro: el oro. El herrero dará paso al alquimista, como nos dice M. Eliade, y éste al hombre industrial cuando en su orgullo de conocer coja tanta confianza con la acción de los dioses que, como refleja el refrán castellano, al final le de asco, o casi, tratar con ellos. El hombre actual, con su continua alteración más o menos consciente del orden natural, ha terminado por creer que asume la labor del tiempo, y por ello el tiempo laboral ha recogido el prestigio que antes conservaba el tiempo natural. Hoy el negocio ha desplazado al ocio (a la *skholé* o "escuela" de los griegos) y valoramos nuestra actividad transformadora hasta el punto que decimos que el tiempo es oro, convirtiéndose éste -medida del valor de las cosas-, como ya decía Plinio, en la primera locura del hombre.

El humano, desde luego, ha logrado ganar tiempo y vivir, en términos individuales,

bastante más que el hombre de Atapuerca (Burgos), que no solía pasar de la veintena de años. Pero parece que el futuro colectivo de la especie está gravemente amenazado por la alteración que hemos inducido en el medio ambiente; lo que, en términos vulgares, vendría a significar que nos hemos comido con rapidez la finca recibida en herencia. La chispa surgida del árbol del conocimiento ha prendido ya en las ramas del árbol de la vida. El incendio de nuestros bosques, manifestación evidente de esa locura humana de la que venimos hablando en la que se derrocha el bien escaso de la vida, que no es necesariamente renovable, es así un signo de los tiempos que vivimos y del carácter altanero de este pobre mono que ha creído ser ya dios (o lo que él tradicionalmente ha concebido como tal para explicar su mundo). El proceso ha sido relativamente largo: durante milenios el hombre se sintió parte de la Naturaleza y tuvo un miedo reverencial a su alteración. Incluso el desarrollo de la agricultura, que había de suponer esa primera gran revolución de la que hablaba V.G. Childe, tuvo bastante en cuenta este principio de estabilidad orgánica del Universo, e incluso conocemos entre los antiguos romanos el caso de un hombre que fue acusado de *veneficium* [con "v"], o sea de envenenamiento de la tierra porque ésta producía sospechosamente mucho debido a sus tratamientos agrícolas. Luego, desde el Renacimiento europeo y bajo la influencia de hombres como Bacon o Giordano Bruno, el proceso se aceleró y Carlos III terminaría emitiendo una pragmática en la que exaltaba el valor positivo del trabajo y rechazaba la consideración moral negativa que había padecido hasta entonces. Eso sí, los intelectuales que sustentaban a los déspotas ilustrados, influidos por las riquezas que parecían manar el Nuevo Continente Americano, creían que los recursos de la Tierra eran ilimitados, y en esto parece que se equivocaban en su deseo de transformarlo todo rápidamente.

Hoy ya navegamos entre la inconsciencia liberal y el pesimismo ecologista. Desde luego el proceso de desertización que padece el Sur de Europa viene de lejos y sabemos, por ejemplo, que los elefantes fueron abundantes en el Magreb al menos hasta el siglo III a.C. y que si hoy se pierde por erosión una cantidad de tierra fértil anual equivalente al volumen del Peñón de Gibraltar ello no se debe sólo al hombre, lo mismo que éste no es el principal responsable de la disminución de la capa de ozono que cubre la Tierra, en lo que intervienen de forma más activa los volcanes (que no hay manera de prohibirlos). También es cierto que la tala indiscriminada, como la llevada a cabo por los romanos para proveer de combustible a sus numerosas fundiciones metalúrgica afectó, junto con los humos de las mismas, negativamente al ecosistema, pero que cuando la actividad cesó durante casi doce siglos la Naturaleza se repuso y el bosque volvió a cubrir el país. El equilibrio existe siempre en el Universo, aunque se manifieste a veces mediante sistemas caóticos que regeneran el sistema. El árbol de la vida, en realidad, sólo amenaza con quitar su sombra protectora al hombre.

El problema posiblemente esté en que éste, el *homo faber* o trabajador, se ha encerrado en unas ciudades donde desarrolla su vida artificial (o sea, no natural) y ha logrado prescindir incluso de la necesidad perentoria de la agricultura extensiva de antaño. Hoy podemos conocer fábricas de lechugas donde la tierra fértil está ausente (sustituida por placas sustentantes de cemento) y que producen diez cosechas anuales, o almendras y naranjas criadas en los escoriales de una mina a donde se hacen llegar los nutrientes de forma artificial. Hemos vuelto la espalda al campo y hemos terminado de equiparar civilización con vida urbana, creyendo, de forma estúpida, que no necesitamos del medio natural que, como decimos, en buena medida sigue su camino con o sin nosotros. Quemamos nuestros bosques porque no los sentimos como parte integrante de nuestra

vida y sólo lamentamos como una verdadera tragedia que arda una ciudad "que hemos hecho nosotros". Nos queremos tanto que hemos olvidado que estar vivos depende en buena medida de lo demás, que es más importante cuidar a la Madre Tierra para que no enferme que tener dispuestos magníficos medios de cura para cuando su temperatura corporal se eleve en una fiebre incontenible que la puede apartar para siempre de nosotros. Sobre todo cuando lo paradójico es que quienes desapareceremos seremos nosotros, no ella. El fruto del árbol del conocimiento parece haber vuelto estúpido al hombre.